

La calle para el miércoles 28 de marzo de 2007  
Diario de un espectador  
Las últimas penurias  
por miguel ángel granados chapa

Al recibir el homenaje de miles de personas presentes en Cartagena de Indias, Colombia, y millones a lo largo y lo ancho del mundo, Gabriel García Márquez contó el año y medio de la escritura de *Cien años de soledad* (no los de su gestación, que había durado 17 años):

“Lo que podía ser el tema de otro libro mejor sería cómo sobrevivimos Mercedes y yo, con nuestros dos hijos, durante ese tiempo en que no gané ningún centavo por ninguna parte. Ni siquiera se cómo hizo Mercedes durante esos meses para que no faltara ni un día la comida en la casa.

Habíamos resistido a la tentación de los préstamos con interés, hasta que nos amarramos el corazón y emprendimos nuestras primeras incursiones al Monte de piedad.

Después de los alivios efímeros con ciertas cosas menudas, hubo que apelar a las joyas que Mercedes había recibido de sus familiares a través de los años. El experto las examinó con un rigor de cirujano, pasó y revisó con su ojo mágico los diamantes de los aretes, las esmeraldas del collar, los rubíes de las sortijas y al final nos los devolvió con una larga verónica de novillero: Todo esto es puro vidrio.

En los momentos de dificultades mayores, Mercedes hizo sus cuentas astrales y le dijo a su paciente casero, sin el mínimo temblor en la voz: Podemos pagarle todo junto dentro de seis meses.

Perdone, señora –contestó el propietario-- ¿se da cuenta de que entonces será una suma enorme?

Me doy cuenta, dijo Mercedes, impasible, pero entonces lo tendremos todo resuelto, esté tranquilo.

Al buen licenciado, que era un alto funcionario del Estado y uno de los hombres más elegantes y pacientes que habíamos conocido, tampoco le tembló la voz para contestar: Muy bien, señora, con su palabra me basta. Y sacó sus cuentas mortales: la espero el 7 de septiembre.

Por fin, a principios de agosto Mercedes y yo fuimos a la oficina de correos de la ciudad de México para enviar a Buenos Aires la versión terminada de *Cien años de soledad*, un paquete de 590 cuartillas escritas a máquina, a doble espacio y en papel ordinario, y dirigidas a Francisco Porrúa, director literario de la editorial Sudamericana.

El empleado del correo puso el paquete en la balanza, hizo sus cálculos mentales y dijo: Son 82 pesos.

Mercedes contó los billetes y las monedas sueltas que le quedaban en la cartera y se enfrentó a la realidad: Sólo tenemos 53.

Abrimos el paquete y lo dividimos en dos partes iguales y mandamos una a Buenos Aires sin preguntar siquiera cómo íbamos a conseguir el dinero para mandar el resto. Sólo después caímos en la cuenta de que no habíamos mandado la primera sino la última parte. Pero antes de que consiguiéramos el dinero para mandarla, ya Paco Porrúa, nuestro hombre en la editorial Sudamericana, ansioso de leer la primera mitad del libro, nos anticipó dinero para que pudiéramos enviarla.

Fue así como volvimos a nacer a nuestra vida de hoy”.

García Márquez envió otra copia a Carlos Fuentes, su amigo de pocos años atrás –que ya había publicado *La región más transparente*– quien no pudo reprimir su emoción y dijo a Julio Cortázar – quien ya había publicado *Rayuela*:

“Querido Julio: Te escribo impulsado por la necesidad imperiosa de compartir un entusiasmo. Acabo de leer *Cien años de soledad*, una crónica exultante y triste, una prosa sin desmayo, una imaginación liberadora. Me siento nuevo después de leer este libro, como si les hubiera dado la mano a todos mis amigos. He leído el Quijote americano, un Quijote capturado entre las montañas y la selva, privado de llanuras, un Quijote enclaustrado que por eso debe inventar el mundo a partir de cuatro paredes derrumbadas. ¡Qué maravillosa recreación del universo inventado y reinventado! ¡Qué prodigiosa imagen cervantina de la existencia convertida en discurso literario...!”

> [aprida@cm-p.com](mailto:aprida@cm-p.com)